

Rodrigo Quesada Monge
Universidad Nacional

**«EL PROBLEMA» DEL ANTIIMPERIALISMO
EN MAXIMO SOTO HALL**

LETRAS 25-26 (1992)

«Se avergonzaban de su nacionalidad. Tiraban de cualquiera de sus antepasados para poder llamarse ingleses, franceses y, sobre todo, mayor honra, americanos».

Máximo Soto Hall, *El problema*.

Presentación

Si partimos de la base de que en América Latina, después de la Independencia, parecen perfilarse tres tradiciones básicas en lo que concierne a las expresiones ideológicas de la cultura, podemos encontrar con el sugestivo asunto de cómo y dónde situar a un escritor como el guatemalteco Máximo Soto Hall (1871-1944) y su novela *El problema* (1899)¹. El desconcierto, o la ambigüedad si se quiere, no nos lo heredó el autor, porque también es motivo de reflexión para aquellos quienes, desde el presente, tratamos de comprender qué nos quiso decir y dar con su novela este escritor.

La tradición centralista, de fuerte arraigo en aquellos países donde la dominación española alcanzó niveles de más elaborada articulación, como México y Perú, generó una cultura de sólido fundamento aristocrático, para la cual la idea de progreso podía traducirse perfectamente como desarrollo

1. Máximo Soto Hall, *El problema* (San José: Imprenta Española, 1899). Hay una reedición de la Editorial de la Universidad de Costa Rica, de 1992, con prólogos de Alvaro Quesada Soto y Juan Durán Luzio, la que citaremos en adelante.

de la civilización material. La tradición caudillista, detectable con facilidad en los países donde la fuerza del poder político español se vio atomizada por el contrapeso de peninsulares que se sentían americanos —el caso de Argentina y Chile, por ejemplo—, produjo más bien una cultura que miraba hacia Europa y Estados Unidos como modelos que seguir, pero sin desprenderse del potencial progreso que ofrecían las tierras latinoamericanas. Y la tradición antiimperialista, finalmente, casi tendencial —léase vocacional— en países como Cuba y Nicaragua, engendró un modo de razonar y sentir la cultura, según la cual el concepto de nación devino sustancialmente distinto al propuesto en las metrópolis capitalistas; porque mientras acá la nación se identificaba al progreso material, allá correspondía al concepto de sumisión. Las explicaciones de orden geopolítico apenas son un corolario de lo que la inserción en el mercado mundial produjo en estos países, en lo referido con las expresiones de la cultura.

La inserción al mercado no es, pues, requisito de las prácticas imperialistas, y por ello éstas no conducen necesariamente a una cultura antiimperialista en América Latina. Este ha sido un frecuente error de método cuando se analiza (según el principio causa-efecto) el mercado mundial como causante de la dependencia cultural de América Latina. El error resulta más riesgoso cuando se sostiene que toda liberación de las dependencias ideológicas pasa automáticamente por la formulación de una *contracultura antiimperio*, en cuyo caso el intelectual antiimperialista vive más obsesionado por lo que acontece en las metrópolis imperiales que por diseñar la estrategia de lucha contra el sistema capitalista (del cual el imperialismo es sólo una expresión) y sus alienantes manifestaciones culturales en la periferia².

Ahora bien, si la tradición centralista abrió paso al realismo literario, la tradición caudillista al regionalismo y la tradición antiimperialista al modernismo, ¿cuáles deberían ser las variables hermenéuticas con que los conceptos de progreso y nación se analizarían para hacer inteligible el contexto de un capitalismo todopoderoso que busca en la cultura su legitimación ideológica? ¿No es precisamente esta la gran pregunta de la novela de Soto Hall? Porque el meollo de la cuestión radica en que, para ese

2. Bill Warren, *Imperialism, Pioneer of Capitalism* (London: Verso Press, 1980), pp. 125-152.

capitalismo, civilización material es sinónimo de progreso y de cultura nacional. Las mencionadas tradiciones en América Latina son vías de acceso a lo mismo, lo que en la cultura burguesa (la del capitalismo) quedó resuelto desde la segunda parte del siglo XVIII. Pero las vías de acceso no son respuestas; son formas de preguntar. Y América Latina es un continente repleto de preguntas después de la Independencia. Los poemas de Martí y Darío rebosan de interrogaciones sobre el futuro de un puñado de países que durante siglos fueron el botín de las metrópolis capitalistas. Pero, además, en ambos poetas, la forma de preguntarse sobre la nación y el progreso fue hecha con la lucidez que ofrece la cruel realidad del capitalismo en nuestras latitudes. Y este último, por su parte, tuvo las respuestas indicadas a esa espantosa ambivalencia entre riqueza y pobreza extremas, sobornando y chantajeando a los desposeídos, quienes vendrían a brindar el testimonio requerido para que artistas como Víctor Hugo y Zola, por ejemplo, construyeran la crónica de la muerte anunciada de aquéllos³.

Si seguimos razonando que a un conjunto de prácticas imperialistas corresponden un conjunto de prácticas antiimperialistas, nunca podríamos desprendernos del sambenito maniqueísta de que, junto a todo explotador extranjero habrá siempre un explotado local. Traducido a sus expresiones culturales, esto implicaría sostener que toda ideología transferida a la periferia no encuentra opositores beligerantes y combativos que rechazan el proceso hacia un mimetismo por la fuerza. ¿Se puede decir que Máximo Soto Hall es uno de ellos? La respuesta es difícil y compleja, como suele suceder con escritores que desean esoterizar un tema tan concreto como el del imperialismo.

¿Cuál es el problema?

Para empezar, temo que calificar de *antiimperialista* la novela de Soto Hall es, por decir lo menos, bastante atrevido; atrevimiento que adjudico a sus exégetas del presente, más que al mismo escritor. A mi modo de ver, aunque no llega a ser pro imperialista, la obra es un bien logrado panegírico aristocrático de un progresismo consecuentemente conservador.

3. Manfred Kossok, ed. *Vergleichende Geschichte der Neuzeitlichen Revolutionen* (Berlin: Akademie Verlag, 1981), pp. 17-89.

Preguntémosnos, en primer lugar, ¿qué se entiende por «novela antiimperialista»? Puesto que esa noción supone, entonces, la existencia de una «novela pro imperialista». Lo extraño es que casi nadie habla de ellas, si es que existen. Sobre lo que habría que discutir aquí, más bien, es sobre el tipo de exégesis que se hace del testimonio escrito legado a la posteridad por un determinado autor, dado que si se parte del texto mismo —en nuestro caso, la lectura de *El problema*— no encontré rasgo alguno de una clara posición antiimperialista. El paradigma (si es que de algo similar puede hablarse en este caso) está diseñado para que el lector establezca el equilibrio diferencial entre civilización y barbarie, pero no para que se concluya que el capitalismo y sus expresiones imperialistas pueden ser dañinas para los pueblos latinoamericanos.

Si partimos de que capitalismo e imperialismo no son lo mismo (éste es una derivación histórica de aquél), el abanico alegórico de ideas sustentadas por Soto Hall en su novela apunta a la defensa, algo difusa, de lo que el escritor entiende por civilización, desde sus intuiciones inmediatistas. En *El problema* se defiende una determinada concepción de civilización material. La dosis de nostalgia que su autor puso en ella tiene de todo, menos de rechazo y denuncia. ¿No ocurre algo semejante con obras como *Un mundo para Julius*, de Alfredo Bryce Echenique, o *En busca del tiempo perdido*, de Proust? La nostalgia no hace que una obra resulte más o menos pro o antiparadigmática; pero, si desde el presente yo, como lector, le antepongo mis preconceptos paradigmáticos, la obra de arte puede resultar, así, lo que yo quiera.

Vayamos al aspecto seminal. Desde la declaración de la Doctrina Monroe (1823), y pasando por la guerra hispano-norteamericana (1898), que está en forma tangencial testimoniada en la novela de Soto Hall, el Caribe es el Mare Nostrum del imperio de Washington. Esa es una práctica que no requiere paradigmas para su formulación. Pero a la realidad de la neocolonización no se le opone necesariamente un rechazo de su oferta material; es decir: el progreso, la disciplina del trabajo, la fuerza y la combatividad del burgués (de acuerdo con el sentido de Sombart⁴) constituyen una oferta prospectiva plausible para Soto Hall. Para ello es requisito

4. Werner Sombart, *El burgués* (Madrid: Alianza, 1972), p. 137.

hermenéutico la configuración de una mitología textual que, en el caso del escritor guatemalteco, tiende a perpetuarse en los personajes diseñados para la ocasión. Fuera de ese texto los personajes pierden validez; a no ser que queramos volverlos a llenar de contenido. Los que ha creado Carlos Morales en *Los sonidos de la aurora*, por ejemplo, y los de Soto Hall tendrían muy poco que decirse; no obstante, ambos textos son anticapitalistas, con la diferencia de que el primero es antiimperialista (por opción paradigmática) y el segundo no lo es por omisión del paradigma, en busca de una apología del progreso burgués⁵.

El «fordismo» que permea cada una de las líneas de la novela de Soto Hall⁶, bien puede conducirnos a la conclusión de que en ella existe una suerte de ludismo estético. Si alguna vez quiso ser de tesis, la obra ya presenta características del panfleto que las así llamadas novelas antiimperialistas —como las de José Revueltas en el México de nuestro siglo— llevarán hasta sus últimas consecuencias.

La mitología del progreso y la casi sistemática creencia de que civilización material y capitalismo son lo mismo, producen en el incauto lector del presente de novelas como las que en estas páginas se examina, la sensación de que todas las opciones sociales conducen indefectiblemente hacia el vellocino de oro.

La novela de Soto Hall se halla en la encrucijada de dos líneas de acción claramente perceptibles durante la segunda parte del siglo XIX; de ahí su ambigüedad temática, que adquiere expresiones estilísticas y estéticas: sus personajes no son seres humanos, sino hipótesis sobre una aproximación superficial a los distintos papeles sociales desempeñados por los individuos: «*un solo hombre, por mucho que valga* —se afirma en la novela— *no puede formar una nacionalidad*» (p. 134). Sorprende la cantidad de elementos binarios que se conjugan en la novela para descubrir

5. Günter Grimm, *Rezeptionsgeschichte. Grundlegung Einer Theorie* (München: Fink, 1977), pp. 144-161.

6. «Fordismo» es la expresión que se emplea para referirse a las obsesiones tecnologistas de la segunda revolución industrial, sobre todo con el auge de la industria automovilística y la figura de Ford.

lo obvio: la efectividad de la «real politik» norteamericana hacia Centroamérica y el Caribe.

Desde el instante en que el autor supuso que el perímetro de la nacionalidad se marca con el teodolito del progreso, su visión es la del liberal de izquierda y progresista (desde el punto de vista etimológico), pero nunca las del antiimperialista, para quien la palabra del pueblo, llano y simple, es decisiva para hacer posible toda formulación de la nacionalidad. *Nación y progreso* no fueron sólo conceptos en manos de la burguesía europea y norteamericana. Si así hubiera sucedido, el ideal hegeliano del fin de la historia se hubiera agotado con la guerra franco-prusiana de 1870-1871. Pero la burguesía fue capaz de ir más allá, y su concepción instrumental de la nacionalidad supuso la desespacialización de la historia, es decir, del imperialismo. Ello fue posible gracias al progreso material:

«¿Quiénes han hecho nuestros ferrocarriles, nuestros puentes?, ¿quiénes son los propietarios de las más grandes empresas y de las más valiosas fincas? Casi exclusivamente los americanos, pues los italianos, franceses y demás que podrían entrar en el núcleo a que me refiero, representan un número muy pequeño. El caso es que también son extranjeros. ¿Sabe Ud. de dónde proviene este mal? De que nunca hemos tenido confianza en nosotros mismos. Jamás se nos pudo ocurrir que fuéramos capaces de algo grande» (p.131).

Al no escucharse la palabra del pueblo, que posee desde la práctica cotidiana un sentimiento de la nación muy distinto, no le quedó otra alternativa a Soto Hall —¿estaría interesado en encontrarla?— que transmitir la voz y la palabra de la oligarquía pro imperialista. Conviene aclarar, sin embargo, que se trata de un entreguismo definido desde la dinámica del comercio exterior. El alcance de nuestras oligarquías centroamericanas no daba para instrumentalizar una idea de nación que contrastara con la que el imperialismo deseaba imponer. La única excepción que puede mencionarse al respecto es la del nicaragüense José Santos Zelaya, quien durante un lapso (1893-1910) logró impedir que la oligarquía degenerara en lumpen-burguesía. En el resto de las repúblicas el entreguismo resulta tenebroso, y en ese estado de cosas, para evitar un ejemplo nocivo, los yanquis se deshicieron de Zelaya, con lo que, sin percatarse, abrieron un espacio al medio sociopo-

lítico que llevaría posteriormente a Augusto César Sandino a recoger la bandera de la vergüenza que aquella oligarquía había dejado abandonada:

«—Sí, seremos americanos. Esa gran nación ha vivido ignorante de su grandeza; su amor a la libertad y su afán de progreso, no la habían dejado comprender que sus músculos de gigante, se hallan oprimidos en el territorio que ocupa. Hoy tratará de ensancharse y nosotros tendremos que darle espacio, no hay más remedio» (p. 63).

La apología de las ideas de progreso y nación que promovía la burguesía imperialista, desde una perspectiva esencialmente capitalista, parece haber producido un buen efecto en el escritor Soto Hall. El capitalismo es su esquema de referencia analítico, y los sujetos que figuran en su novela son básicamente hombres y mujeres caracterizados según el espíritu con que lo hiciera Max Weber: la burguesía es una clase social que llegó para quedarse; por lo tanto, hay que seguir su ejemplo. ¿Cómo, entonces, puede concluirse que *El problema* es antiimperialista: por las cosas que insinúa más que por las que realmente dice?

Un frecuente error sigue siendo la contradicción lógica de identificar los conceptos de *nación* y *nacionalidad*; lo mismo sucede con *progreso* y *civilización*. Por ser tan evidentes, a estas verdades de Perogrullo se les presta pocas veces atención; y no obstante, se continúa cayendo en el dilema de evaluar el texto desde su interior, o hacerlo desde fuera, corriendo los conocidos riesgos de que el análisis histórico-antropológico quede en la periferia. Considerar la novela de Soto Hall como antiimperialista es conceder algo que difícilmente, en mi opinión, su autor hubiera reconocido válido.

Está más que claro que la historia de la literatura no supone la historia a secas; y ésta tampoco es únicamente el entramado contextual que explica el surgimiento y decadencia (si eso fuera posible) de ciertas obras literarias o plásticas. Tal supuesto resulta perjudicial para quien analiza porque lleva a creer a quien lee o investiga, que el objeto de estudio está fuera de las implicaciones de los actos cotidianos de los hombres. Sólo ante la ausencia de esas implicaciones el historiador de la literatura puede acercarse construyendo con esquemas *ex ante* una interpretación de la expresión ideológica

de los grupos humanos, que parte y retorne de y hacia la pieza misma en estudio. Pero el riesgo de desenfoque es mayor, dado que entonces la obra de arte queda expuesta a los efectos del espejo de Alicia: todo transcurre en sentido contrario, pese a su racionalidad y su lógica. Porque los conceptos de *nación* y *civilización* son antropológicos, mientras que los de *progreso* y *nacionalidad* son históricos. ¿Cuál es, pues, nuestro tratamiento de la obra de Soto Hall: histórico o antropológico, o histórico y antropológico? Ninguno de los exégetas literarios del presente, en el medio costarricense, consigue aclararme su perspectiva metodológica; muy preocupados por corroborar sus supersticiones ideológicas, han descuidado al lector de la llanura como quien estas páginas escribe⁷. Y no sólo en el medio costarricense, porque se puede hallar el mismo tipo de esquema ideológico en estudios críticos fuera de Costa Rica⁸.

La idea de nación viene al mundo, tratándose de la disección metodológica entre capitalismo e imperialismo, en el instante preciso en que la burguesía percibe que sus parámetros espacio-temporales son distintos a los que emplean las culturas africana, asiática o latinoamericana⁹. Esta constatación no es fortuita si pensamos que las ciencias sociales son una invención de la burguesía para entender pueblos y grupos sociales que se salían de su visión del mundo. Robustecida por un sistema económico en plena etapa de consolidación, ella no dejó margen para que visiones alternativas (por utópicas y románticas que resultaran) se abrieran paso hasta ese punto en que poner en entredicho la estructura de poder significaba ceder en el terreno en el que esa burguesía sería inexpugnable: el de la ganancia.

Por otro lado, si la ganancia constituía el eje central del sistema, que

7. Cfr. Alvaro Quesada Soto, «*El problema en el contexto costarricense*», ensayo introductorio a la reedición citada, pp. 7-29; y Juan Durán Luzio, «Estados Unidos versus Hispanoamérica: En torno a la novela del 98», *idem*, pp. 31-53. Este último estudio había aparecido en *Casa de las Américas* (La Habana), 153 (1985), pp. 121-127.

8. Por ejemplo, Manuel Antonio Arango, *Origen y evolución de la novela hispanoamericana* (Bogotá: Tercer Mundo, 1988), pp. 191-196.

9. Donald M. Lowe, *History of Bourgeois Perception* (Chicago: The University of Chicago Press, 1982), pp. 71-117.

funcionaba según la relación que los hombres establecieran entre sí en lo referente a la forma de acumular riqueza, la legitimación ideológica de tal orden de cosas se filtraba no sólo hacia el poder político sino también hacia las expresiones del espíritu y la razón. Cuando la burguesía pasa a la etapa imperialista, las ciencias sociales ya han preparado el terreno, con el afán de que pueblos enteros se acogieran a la legitimidad del sistema económico como el único posible. El propio Marx tenía una visión eurocentrista al referirse a los pueblos sometidos por el capitalismo¹⁰. De aquí que, si para algún burgués liberal y positivista el imperialismo era malsano, el capitalismo no lo era. Este representaba el crecimiento material y espiritual de los hombres en sociedad.

No olvidemos que la burguesía fue, y sigue siendo, la clase social más revolucionaria de la historia; por ello tuvo suficiente capacidad para distinguir operacionalmente entre *nación* y *nacionalidad*. Existían otras naciones en Africa, Asia y América Latina, pero la nacionalidad británica, alemana, francesa, italiana, portuguesa, española y norteamericana eran las únicas históricamente válidas, porque el capitalismo las había engendrado, mediante el progreso que había hecho posible una civilización capitalista satisfecha de sus múltiples nacionalidades, perfectamente enlazadas entre sí por un objetivo común: la producción y reproducción del sistema económico, con todos sus instrumentos ideológicos de expansión, entre los que se halla el imperialismo (en su amplísima gama de teorías y prácticas)¹¹.

En ese estado de cosas, cuando se afirma que una novela, o una determinada obra de arte, llevan el signo del antiimperialismo, nos lleva a pensar si nos estarán tomando el pelo, o nos considerarán tan incautos como para tragarnos semejante aserto. Sólo cuando la noción de *antiimperialismo* procede de los manuales de Lenin, es probable encontrar en una novela como la que tenemos entre manos —profundamente aristocratizante (en ella únicamente los poderosos tienen voz), escrita por un intelectual pequeño-burgués radicalizado, quien sostiene que la salida hacia el Paraíso es el progreso y la civilización capitalista— los esquemas de una interpretación

10. José Arico, *Marx y América Latina* (México: Alianza, 1982), pp. 116-147.

11. Roger Owen and Bob Sutcliffe, *Studies in the Theory of Imperialism* (London: Longman, 1972), pp. 15-33.

que es ante todo historicista, pero jamás histórica. Popper afirmaba que miserias de esa naturaleza sólo se producen cuando la realidad es forzada a encajar en nuestros preconceptos¹²; sobre todo en un momento en que las palabras se han tragado los conceptos mismos¹³.

El riesgo de continuar ese tipo de interpretación historiográfica hace que nuestra comprensión del objeto de estudio sea muy desigual, pues avanza dudosamente la historia de la literatura, pero la historia de la sociedad se estanca. Nuestra comprensión de ambos niveles se deteriora, porque el crecimiento metodológico y teórico de la comprensión de la sociedad como una globalidad en movimiento, avanza un paso, pero retrocede dos. Y esto se debe al escaso diálogo entre historiadores de la sociedad e historiadores de la literatura. El primero está más expuesto todavía a caer en las historiografías de la evasión; es decir, en aquella práctica investigativa que pone el énfasis en las historias de buhardilla: historia de la prostitución, historia del alcoholismo, historia de las razas caninas, etc. La triste conclusión es que, de esa manera, aceptamos la realidad imbatible del capitalismo, y dada la imposibilidad de su sustitución, hemos elegido el camino de escribirle su historia; no sólo la de sus grandezas, sino también la de sus miserias, pecados y omisiones.

Para un país que con dificultades pudo llegar a ser nación después de 1856, el trayecto hacia la nacionalidad no lo definió solamente un grupo social que se lanzó a las calles el 7 de noviembre de 1889. Tampoco lo hicieron los erráticos argumentos políticos de personajes como el tres veces presidente de Costa Rica Ricardo Jiménez Oreamuno, quien hoy era pro yanqui y mañana ya no lo era. ¿Vamos a decir, entonces, que aquel político era un día antiimperialista y al siguiente ya no? No se es antiimperialista porque se esté contra la inversión extranjera.

De este modo, así como el imperialismo requirió la conjugación de un abanico de prácticas e ideologías legitimadoras —las cuales debieron estar sujetas a un rico proceso de avances y regresiones a lo largo de los siglos,

12. Karl Popper, *La miseria del historicismo* (Madrid: Alianza, 1992), pp. 19-47.

13. Heerbert Marcuse, *El hombre unidimensional* (México: Joaquín Mortiz, 1992), pp. 105-123.

mientras el sistema capitalista se consolidaba en el centro y aspiraba a lo mismo en la periferia—, el antiimperialismo es aún menos el resultado de una transformación intempestiva. Además, en uno y otro caso la lógica diferencial de los grupos sociales implicados y sus aspiraciones de transformación o conservación supusieron el diseño de instrumentos de lucha que se expresaban desde sus hábitos de vida hasta los más sofisticados desenvolvimientos de la conciencia artística y de la razón. El antiimperialismo, entonces, no es el resultado de la buena voluntad de un individuo o de un grupo que se arriesga a las herejías políticas en una sociedad definida. Atribuirle a Soto Hall el mérito de haber sido el primero en iniciar la novela antiimperialista en Hispanoamérica me parece excesivo, lo cual no minimiza la calidad artística de su novela o las buenas intenciones políticas que su autor pudo haber tenido en el momento de escribirla.

El antiimperialismo es una acción colectiva, y no es desde la producción artística exclusivamente donde se formula. Al escritor que hace anticapitalismo no le es obligado que también haga antiimperialismo. En el primer caso, según decíamos páginas atrás, la estética ludista, decadentista, de Carlos Fuentes, por ejemplo, no deriva necesariamente en posiciones antiimperialistas. Eso sucede cuando la colectividad instrumentaliza la pieza artística y la interioriza en expresiones de conciencia que se traducen en el autorreconocimiento y la praxis de la identidad cotidiana. El antiimperialismo es privilegio de las colectividades así identificadas. Por eso no sorprende que los combatientes sandinistas leyeran poesía en las trincheras, mientras hacían frente a las tropas pro imperialistas del somocismo.

Si todo afán de construir una nacionalidad va a calificarse de antiimperialista, bien podríamos, entonces —fantaseando— atribuirle un gran poder revolucionario a una oligarquía que a duras penas tiene conciencia de lo que es una nación. De nuevo, otra concesión a la civilización capitalista que no tiene asidero alguno en la realidad. Para nuestras oligarquías centroamericanas representó un notable esfuerzo advertir que el tránsito de la nación a la nacionalidad suponía un proyecto clasista, donde la burguesía del centro capitalista seguía siendo el modelo imitable, para construir un capitalismo que nada tenía de la civilización de la que hacía alarde el del centro.

En esta coyuntura, la novela de Soto Hall no pasa de ser una buena novela progresista y, aunque tal vez de mayor calidad estética que las de Carlos Luis Fallas, deja mucho que desear por su desequilibrio entre las tesis que sostiene y el grado de representatividad de los personajes. A este respecto, está mejor logrado el trabajo de Carlos Gagini. Cuando el escritor suplanta al ventrilocuo, el resultado puede ser una pieza artística de gran belleza formal, pero no somos nosotros, desde nuestro presente, quienes debemos darle su contenido humano, o la autenticidad de lo que dice, porque a lo mejor el escritor en cuestión jamás pretendió decir lo que nosotros deseamos escuchar.

El historiador de la sociedad quiere que los testimonios literarios le hablen de los hombres y las mujeres de las sociedades que estudia. Jamás quedará satisfecho con que un crítico le diga lo que su autor le quiso decir. El testimonio artístico es consecuencia de una constelación mayor, y no es desde el presente, haciendo taumaturgia retrospectiva, como vamos a comprender lo que un hombre, un grupo o toda una clase social sentía y pensaba en un momento de la historia.

Al calificar *El problema* de antiimperialista muchos de los analistas del presente se han tomado riesgosas atribuciones, ya que el hombre no siempre es buen juez del capítulo histórico que se encuentra viviendo. Y temo que se ha puesto a Soto Hall a decir y pensar cosas que el escritor jamás quiso decir o pensar.

Acabemos con el problema

El antiimperialismo es una actitud frente a la insolencia y la arbitrariedad de las potencias extranjeras; actitud que se traduce en acciones políticas e ideológicas, las cuales producen una transformación de la sociedad sometida al opróbio de los antojos de aquéllas. Pero una acción antiimperialista consecuente no se agota en las reformas al sistema económico más imperialista de que se tenga memoria. Tal acción debe aspirar inevitablemente a la sustitución de ese sistema por otro más justo y civilizado. Si nos quedamos en sus reformas podremos ser burgueses vergonzantes o reformadores radicales, pero nunca antiimperialistas a cabalidad.

En *El problema* hay un mito: el capitalismo norteamericano es imparable en «nuestra América», como decía Martí, porque representa el avance del progreso y la civilización material. Los personajes de la novela son sólo la excusa para venderle un producto ideológico fallido al lector, quien debe concluir con el autor que, efectivamente, el capitalismo norteamericano, adaptado a nuestra realidad de subdesarrollados, es la única e inevitable salida hacia el mejoramiento de la sociedad. Si el antiimperialismo sigue siendo tan sólo una pose intelectual o académica, pues bien: sigamos buscando en nuestros escritores y artistas del pasado los restos arqueológicos de lo que la burguesía está harta de oír: que siempre ha sido la clase social más revolucionaria de la historia.

No obstante, con su ingreso en esa misma historia las clases trabajadoras demostraron también que son capaces de realizar grandes transformaciones políticas, sociales y culturales. Las masas de desposeídos no podían esperar a que sus intelectuales de vanguardia les informaran que eran explotados. Los contingentes de desarraigados del Tercer Mundo tampoco tenían que esperar a que sus académicos les descubrieran que había algo llamado imperialismo y que, en tanto que punta de lanza del capitalismo, arrasaría las sociedades autóctonas.

La utilidad histórica de una novela como la de Soto Hall radica más en lo que omite que en lo que describe o explica; porque no es una novela sobre desposeídos o desarraigados (quienes apenas protagonizan una intervención), sino más bien una novela sobre la que las oligarquías en América Latina desearían concretar para parecerse cada vez más a las burguesías metropolitanas. ¿Cómo llamar esto sino mimetismo estético-social? Ese mimetismo es una excrecencia política del tan malentendido nacionalismo, y del aún menos entendido antiimperialismo.

No se hace antiimperialismo desde el gabinete, como tampoco se hizo la revolución desde el escritorio del burócrata. En esa dirección, la labor del intelectual es más noble pero no menos responsable, porque consiste en hacer ver que el capitalismo es la matriz de la que se nutrió y se nutre el imperialismo. El socialismo soviético, en tanto que capitalismo de estado, no representa contradicción alguna a nuestro argumento. Por eso, la tarea del historiador (de la literatura y de la sociedad) no puede ni debe agotarse

en etiquetar obras de arte y artistas. Y esa injusticia, a mi modo de ver, se ha cometido con Máximo Soto Hall: injusticia para él como intelectual aburguesado, y para los lectores del presente que buscan en él sólo un testimonio activo de las ideas y sentires de los hombres y las mujeres de su época. No le pido demasiado al autor, pues ya sus exégetas lo han puesto a decir más de lo que el escritor se imaginó.

No existe tal cosa llamada «novela antiimperialista». Cuando mucho, habrá posiciones progresistas en autores como Soto Hall; las propias de cualquier liberal de izquierda. El antiimperialismo de este escritor no es mayor que el de Rodó o Reyes. La búsqueda de la identidad de lo latinoamericano no los hizo más antiyanquis por eso. Hoy día, nadie calificaría de antiimperialista a Octavio Paz o a Enrique Krauze ante sus preocupaciones por hallar los fundamentos de lo propiamente mexicano. Y, no obstante, sus hallazgos de lo nacional los sitúa en un lugar de privilegio, cuando se buscó dilucidar su estrategia taxonómica para llegar a la conclusión de que la labor intelectual en el Tercer Mundo consiste en abrir sendas hacia la independencia, no en bloquearlas en nombre de un mimetismo espúreo y entreguista. Lo mismo puede decirse de Jorge Luis Borges¹⁴.

Más adecuado me pareció situar la novela de Soto Hall en los orígenes de la novela nacional, como lo hace Quesada Soto; aún tratándose de una concepción de lo nacional esencialmente oligárquica. En vista de que no hay nada que pueda llamarse literatura, pintura o música *antiimperialistas*, lo más que nos queda por decir es que sí es posible hablar de actitudes intelectuales antiimperialistas al momento de componer en cualquiera de esas ramas artísticas; y lo será más cuando la colectividad adopte como suyas las propuestas vitales insinuadas por los artistas.

Con Soto Hall queda el sabor de que mucho de lo que quiso proponer y que ha sido calificado de antiimperialista, sería retomado en plenitud por lo que sí —temporalmente al menos— puede así llamarse: nos referimos a la novelística de la revolución mexicana, pero que, como la misma revolución, se agotó apenas empezando. Y no podía haber sido de otro modo: la

14. E. M. Cioran, *Ensayo sobre el pensamiento reaccionario* (Bogotá: Tercer Mundo, 1992), pp. 137-140.

tradición centralista en México fue más fuerte que cualquier otra. Pero de ahí mismo se nutrió el decadentismo aristocrático de Fuentes, como también el antiimperialismo militante de Elena Poniatowska. En Soto Hall no hallamos el caudillismo americanizante de Güiraldes o Mallea; menos aún el antiimperialismo combativo y arrojado de Martí. Pero sí están presentes elementos de lo que hemos denominado aquí como novelística progresista: una tonalidad que ha definido en América Latina esa tendencia angustiante por la búsqueda y explicación de nuestras raíces y diferencias en relación con las artes practicadas en otras latitudes, no sólo respecto de lo que se hace en las metrópolis.

Soto Hall ayuda a entender mejor el romanticismo decimonónico de nuestras oligarquías. Orgullosas de sus pasiones, decidieron no consultar con nadie sus planes de progreso material y, pese a la saturación tecnologista que hoy percibimos en ellas, al menos tuvieron el mérito de equivocarse con elegancia. Y esto no lo podemos decir de la narrativa de la revolución mexicana, en la cual se detecta el remordimiento y la frustración propios de aristocracias rencorosas y con mínima capacidad para la derrota. Por eso, todavía en 1938, la revolución las está sacudiendo.

Pero hay algo aún más notable en Soto Hall, sobre lo que no se ha hecho suficiente hincapié: su intuición regional de los problemas centroamericanos. Ya no se trata de la novela guatemalteca, nicaragüense o costarricense; se propuso construir la novela progresista de América Central, intento que hoy muy pocos emprenderían; porque en nuestros días el chovinismo solapado en todas direcciones impediría una empresa tal. Los historiadores, en cambio, sí podemos tomar en serio este reto. Hombres como Asturias y Cardoza y Aragón, por su grandeza, y sin proponérselo, azuzaron aún más ese tipo de chovinismo. Las rivalidades nacionales en cuestiones artísticas llegaron a tal grado que, en nuestros días, referirse al arte o las ciencias sociales centroamericanas sería, para muchos, ridículo; pese a los nombres bien intencionados de algunas revistas de circulación regional.

El presunto antiimperialismo de Soto Hall, que no es suyo, ha sido impuesto desde el presente, no me ha ayudado a conocer mejor las oligarquías centroamericanas. Eso me llevó a leerlo y hacerlo mío en su misma

salsa, haciendo a un lado las picantes especias leninistas con que algunos lo quisieron aderezar. Y cuando quise comprenderlo como un liberal de izquierda, asustado por lo que veía a su alrededor, me resultó fácil concluir que, por encima de todo, Soto Hall era un artista, y no un ideólogo dispuesto a vendernos el mejor de los catecismos antiimperialistas, para que los malos cocineros del presente hicieran sus sacrificados guisos políticos.

Cualquiera puede acercarse a la lectura de Máximo Soto Hall con la intención de hallar confirmadas sus creencias político-ideológicas. Pero la decepción puede ser definitiva, cuando la salida planteada por el autor a las contradicciones más decisivas de uno de los principales personajes es el suicidio. Se puede concluir que nunca se trató de un suicidio por razones amorosas, sino por otras motivaciones relacionadas, particularmente, con la enorme confusión que le sobrevino a un personaje que halló todos los componentes de su identidad disgregados entre el amor a su amada, el ideal que se había forjado de ella, y la invasión de patrones culturales que hacía de su país una dama ultrajada por los vicios y malas costumbres del invasor (*«Por otra parte la anexión le importaba muy poco, habíala aceptado hacía largo tiempo y, quién sabe, quizá la acogía con entusiasmo, con placer»*, p. 169).

El derrotismo de una solución así —acoger con satisfacción que su país se convierta en colonia, y la pérdida de la mujer amada— predica contra el supuesto antiimperialismo de Soto Hall. Por lo demás, desde el principio mismo de la novela, los hechos llevan un peso indubitable hacia el consabido final; es decir: el argumento resulta muy obvio.

Reconocer el fracaso amoroso y cultural teje un contraargumento que el autor no tuvo interés en desarrollar. Bien pudo haber continuado con la trama de aquella novela, sin la dosis de escepticismo con que abruptamente la interrumpió. El antiimperialismo no puede darse el lujo del pesimismo, y mucho menos de experimentar el agrídulce placer de la derrota. Casi parece que quiso eliminar a su más crítico y sensible personaje, porque le planteaba el problema de que la realidad ficticia podía, eventualmente, quedarse corta ante la realidad de verdad que tal personaje podía forjar.

Demasiado fácil fue la solución del suicidio, aunque el medio lo

toleraba como posible. Las salidas románticas con mucha frecuencia llevan en sí mismas una estridente invitación a la cobardía y a la mediocridad («Yo, prefiero quedarme aquí: soy débil y cobarde», p. 169). Por ello la conclusión tiende con fuerza al derrotismo y al callejón sin salida. Es que uno de los más sobresalientes elementos de la cultura burguesa es su notable sentido del presente: podrá carecer de sensibilidad histórica (lo cual la tiene sin cuidado), pero su imbatible eficacia para captar la inmediatez hace de la burguesía una de las clases sociales que mejor se ha valido de su habilidad para construir el aquí y el ahora. Por ello luce poco convincente un suicidio como salida a las contradicciones del presente. Tal es la solución de la pequeña burguesía que, dados sus complejos, temores y frustraciones, no encuentra la forma de enfrentar la invitación que le hacen, simultáneamente, desde arriba y desde abajo. La primera es la oferta de la gran burguesía, satisfecha y autocomplacida; la segunda es la de los trabajadores, llena de sueños y promesas que realizar. En ello, probablemente, el suicidio habría tenido sentido como el holocausto de unos ideales, aunque, de paso, no muy bien perfilados. Pero aún así, nos queda la sensación de que la respuesta romántica que suscitó la autoinmolación a ninguna parte condujo.

El antiimperialismo es el sustrato estratégico de una fe; quien no crea en el mañana no puede ser antiimperialista, menos aún en un continente lleno de promesas, como el caso de América Latina. De ahí que la salida del suicidio parece postiza, artificial, por decir lo menos. ¿Es que se puede ser antiimperialista cuando se reconoce la derrota frente a los desmanes del imperio? Pero si Soto Hall quiso decirnos con su novela que en un país de gran vocación entreguista como Costa Rica, la única salida decorosa es el suicidio, entonces nos ha heredado un verdadero problema, que no sólo los artistas sino todos los hombres y las mujeres honrados debemos solucionar cuanto antes.